

La eclesialidad de la teología Aportes a partir de la teología política de Johann Baptist Metz

RESUMEN

El tema del artículo es la eclesialidad de la teología a partir de una lectura de la teología de Johann Baptist Metz. La propuesta se articulará en tres momentos: el tema de la teología del sujeto y de quiénes son los sujetos de la teología. Segundo, la relación específica y fundante de Teología y Pueblo de Dios, la cual expresa concretamente el lugar eclesial de la inteligencia de la fe. Tercero, adentrarnos a la vocación del teólogo cristiano y cómo se comprende desde su lugar en la comunidad creyente. A modo de conclusión, el artículo finaliza invitando a repensar continuamente cuáles son los niveles de cercanía y pertenencia que los teólogos tenemos con nuestras comunidades particulares, y por el contrario, evidenciar si nuestra reflexión creyente se realiza sólo desde un espacio académico cerrado o desde la escucha y el diálogo constante con las situaciones reales de la Iglesia.

Palabras clave: Johann Baptist Metz; Pueblo de Dios; teología; conciencia eclesial

The Ecclesiality of Theology Contributions from the Political Theology of Johann Baptist Metz

ABSTRACT

The topic of the article is the ecclesiality of theology from a reading of the theology of John Baptist Metz. The proposal is to articulate in three moments: the subject of the theology of the subject and of who are the subjects of theology. Second, the specific and foundational relationship of Theology and People of God, which concretely expresses the ecclesial place of the intelligence of the faith. Third, within the vocation of the Christian theologian and how it is understood from its place in the believing community. By way of conclusion, the article ends by inviting a continual rethinking of the levels of closeness and belonging that theologians have with

particular communities, and on the contrary, to show whether our creative reflection is carried out only from an academic space closed from listening and constant dialogue with the real situations of the Church.

Key words: Johann Baptist Metz; People of God; Theology; Ecclesial Conscience

Introducción

El presente artículo busca reflexionar en torno a la eclesialidad de la teología, es decir, adentrarnos en la relación que ella establece con el Pueblo de Dios. Para ello, nos abocaremos a seguir la pista en como el teólogo alemán Johann Baptist Metz (1928 -) comprende la dimensión eclesial de la inteligencia de la fe. Dicha indagación se realizará en diálogo con otros autores y documentos del magisterio contemporáneo.

En dicha relación Iglesia – Teología, Metz advierte que uno de los peligros que se suceden es la lejanía y la separación que muchas veces se establece entre los teólogos y la comunidad cristiana concreta. Pareciera ser que la teología se limita a ser una reflexión de escritorio y no a implicarse concretamente en la vida de las comunidades creyentes. Con ello, se corre siempre el peligro de hacer teología de manera ajena al relato creyente de nuestra gente, a no asumir sus problemáticas como elemento teológico, a desoír sus dolores, temores, rabias contenidas, críticas y esperanzas de otra Iglesia. Existe la tentación de que la fe vivida en la praxis y la fe pensada en la ciencia teológica vayan por caminos distintos, y que la primera no tenga nada que decir a la segunda y viceversa. Si la teología no responde a la voz del Pueblo de Dios no es teología cristiana, no es teología eclesial.

Es por ello que se considera importante abordar la temática de la eclesialidad de la misma teología. A propósito de esto, vale rescatar una pregunta formulada por Metz: “¿qué es lo que hace que nuestra teología sea eclesial?”¹ En efecto, una de las inquietudes de Metz es hacer comprender que la teología debe vivirse y realizarse necesariamente en la comunidad creyente. Para abordar este tema se procederá del siguiente modo: en primer lugar una presentación de la temática de

1. J. B. METZ, “Iglesia y pueblo o el precio de la ortodoxia”, en K. RAHNER y J. B. METZ (Eds), *Dios y la ciudad. Nuevos planteamientos en Teología Política*, Madrid, Cristiandad, 1975, 117-143, 134.

la teología del sujeto y los sujetos de la teología; luego el abordaje de la relación establecida entre la Teología y el Pueblo de Dios; en tercer lugar una indagación sobre la identidad eclesial del teólogo. Finalmente se presentará una breve recapitulación de esta propuesta.

La teología del sujeto y los sujetos de la teología

Uno de los temas recurrentes en la propuesta teológica de Metz es el concepto de sujeto y más específicamente una teología política del sujeto. En relación a esto, el autor sostiene que “la teología política como teología fundamental práctica debe construirse, si no quiere que su praxis constitutiva quede des-subjetivada, como teología del sujeto”.²

La noción de “sujeto” en la teología de Metz, no implica la idea de un individuo aislado, sino de un individuo que coexiste con otros. Con ellos vive “experiencias de solidaridad y antagonismo, de liberación y angustia”.³ Esta realidad está en la base del sujeto religioso. Con ello Metz llega a afirmar que el sujeto

“es la persona con sus experiencias e historia en un constante proceso de identificación a partir de ellas. Por consiguiente, introducir el sujeto en la dogmática significa convertir al hombre, con su vida y experiencia religiosa, en tema objetivo de la dogmática”.⁴

Estas experiencias vienen, por una parte, a fundamentar el sentido político de la propuesta de Metz y, por otra parte, a formular la clave principal para comprender lo que es la eclesialidad de la fe. Ahora bien, ¿cómo el sujeto llega a ser sujeto de la teología o de dónde surge una teología del sujeto? Metz sostiene que es gracias a la relación con Dios que los hombres son llamados a vivir una experiencia nueva que les permita superar sus servidumbres y temores, de manera tal de ser constructores de una nueva historia. Así, el llegar a ser sujetos constituye un proceso dinámico.

En relación a la indagación sobre quiénes son los sujetos de la

2. J. B. METZ, *La fe en la historia y la sociedad*, Madrid, Cristiandad, 1979, 76

3. METZ, *La fe en la historia*, 77.

4. J. B. METZ, “Teología como biografía. Una tesis y un paradigma”, *Concilium* 115 (1976) 208-218, 210.

teología, es necesario recordar que el propósito de Metz es criticar la privatización excesiva que el cristianismo experimentó luego de la Ilustración, en lo que se conoce como tarea negativa de la teología política. En relación al proceso ilustrado, el autor sostiene que los mismos procesos de la Ilustración y, en ellos, los manifestados en las ideologías, obligaron a “replantearse la cuestión de los sujetos, lugares e intereses del quehacer teológico y después, debido sobre todo al desarrollo de la dialéctica de teoría y praxis, a retrotraerse al fundamento práctico de su sabiduría y su construcción teórica”.⁵

Esto constituye el fundamento de cualquier especulación teológica, ya que los sujetos de nuestro discurso teológico van cambiando según las necesidades de las sociedades o de los grupos humanos a los cuales nos dirigimos. En otras palabras, el replantearse los sujetos, lugares o intereses de la teología significa hacer de ella una reflexión social y públicamente relevante, una experiencia siempre nueva, por medio de la cual nuestros interlocutores puedan dar un sentido distinto a su vida y a su quehacer en el mundo. Es finalmente el cómo se vive y evidencia el carácter político y público de la teología. Hacer teología en los nuevos foros, en las plazas públicas de este tiempo, anunciar creativamente al Dios de nuestra fe y testimoniar esa adhesión que hemos afianzado en nuestra propia vida. Con ello, la teología es también vida, es biografía, memoria, narración y solidaridad efectiva.

Finalmente, la pregunta por quién es en definitiva el sujeto de esta teología. Es aquella persona, el hombre y la mujer históricos y concretos, reunidos en un pueblo, la Iglesia, y que buscan que sus experiencias se conviertan en tema para la teología. Constituyen un sujeto dinámico que hace una teología de la vida y de su vida una teología. La teología del sujeto, en palabras de Metz, es una teología de carácter “impura, en la que la biografía, fantasía, experiencia acumulada, conversiones, visiones, oraciones se entretajan indisolublemente formando un sistema”.⁶ En definitiva, la teología del sujeto es una reflexión más abierta y dinámica y una teología del Pueblo de Dios. Será lo que se reflexionará a continuación.

5. J. B. METZ, “La teología en el ocaso de la modernidad”, *Concilium* 191 (1984), 31-39, 34.

6. METZ, “Teología como biografía. Una tesis y un paradigma”, 212.

3. *Teología y Pueblo de Dios*

Anteriormente se sostenía que el ideal de teología para Metz es aquella de carácter “impuro”, en el sentido de no cerrarse sobre un lenguaje estereotipado, sino en uno que dé espacio a la sensibilidad y a toda la carga histórica que posee y que trae el sujeto. También Metz, lejos de entender al sujeto como un individuo aislado, lo ubica dentro de una comunidad creyente, la Iglesia, que a su vez es entendida sobre todo como Pueblo de Dios. La comprensión que Metz posee de la categoría teológica y eclesiológica “Pueblo de Dios” está en sintonía con la del Concilio Vaticano II. En relación a esto, el autor sostiene que

“el pueblo sigue siendo una categoría teológica central con evidente fundamento bíblico. Además, ha vuelto más claramente a la conciencia eclesial y teológica por la Constitución del Vaticano II sobre la Iglesia. Como se sabe, en la *Lumen Gentium* la Iglesia ha sido denominada y explicada expresamente como pueblo de Dios”.⁷

Pensar la teología desde el Pueblo de Dios no significa otra cosa que buscar la eclesialidad de la primera y comprender que la Iglesia en su conjunto es el sujeto principal de toda teología verdaderamente cristiana. Así, “si la teología es la ciencia de la fe, la Iglesia es el sujeto primordial de su ejercicio, pues ella es la que ejercita primordialmente la fe y, por ende, también su inteligencia”.⁸

A pesar de esta conciencia manifestada abiertamente en la Tradición de la Iglesia y de manera más clara aún en el último Concilio, Metz advierte un peligro. Sostiene que la teología aún sigue siendo desarrollada por un grupo reducido de intelectuales, el profesor o el teólogo profesional. A ellos, considera nuestro autor, les resulta difícil el “desarrollar una teología para el pueblo”,⁹ una reflexión que realmente impacte en la vida de la gente sencilla y de sus comunidades. Es lamentable comprobar con Metz que

“la teología, incluso la avanzada, la comprometida social y políticamente, sigue siendo libresca, académica. En ella se tiene mucho más en cuenta la opinión favora-

7. METZ, “Iglesia y pueblo o el precio de la ortodoxia”, 117.

8. A. CORDOVILLA, *El ejercicio de la teología. Introducción al pensar teológico y a sus principales figuras*, Salamanca, Sígueme, 2007, 92.

9. METZ, “Iglesia y pueblo o el precio de la ortodoxia”, 119.

ble o adversa del colega que la historia religiosa de la vida y sufrimiento de la gente y la mística del pueblo cristiano, oculta con frecuencia, incluso para sí misma”.¹⁰

¿Qué hacer? ¿Cómo poder ir revirtiendo esta situación, sin duda polémica y urgente? Como respuesta Metz sostiene que la mejor forma de ir remediando esta situación es volver a reconocer la reflexión que está surgiendo desde nuestras comunidades pastorales, parroquiales o educativas, para desde ellas volver a pensar el rol que ellas juegan en nuestro trabajo científico. Si, como sostiene Metz, se continúa practicando una teología que olvide con frecuencia la dimensión política, social y pública de la Iglesia, se continuará construyendo una teología empobrecida, en la que

“podría parecer que la preparación y cultura del teólogo lo ponen aparte de los creyentes ordinarios, pero su relación se desvirtuaría si la teología expresara un arrogante desdén por el común de los miembros de la Iglesia”.¹¹

Aquí se está pensando explícitamente en el *sensus fidei*, el cual reclama de nuestra vocación teológica un mayor respeto por el pueblo al que somos enviados y que ahora se profundizará en relación a la eclesialidad de la teología. Aunque Metz no plantea una reflexión específica sobre el *sensus fidei*, se considera que éste representa un tema importante al momento de pensar la eclesialidad de la fe. Se reconoce también la necesidad de continuar pensando este tema, el cual representa una realidad fundamental en la experiencia religiosa de la Iglesia y en la misma eclesialidad. En esto, junto con una poca aparición del concepto en manuales de teología, también hay una falta de conocimiento por parte de la mayoría de los creyentes. Si buscamos una definición del *sensus fidei* hemos de decir que es

“aquel sentido que nace de la fe y que está referido a todo aquello que afecta la vida de la fe. Por la gracia del Espíritu Santo, el sentido de la fe nos permite a todos desarrollar un juicio intuitivo sobre los contenidos centrales de la fe. Se trata de un juicio al que no llegamos por una deducción de carácter racional, ni que se funda en argumentos formales; más bien, se trata de una experiencia a través de la cual llegamos a reconocer y discernir lo que pertenece propiamente a la fe y lo que no”.¹²

10. METZ, “Iglesia y pueblo o el precio de la ortodoxia”, 120.

11. J. WICKS, *Introducción al método teológico*, Navarra, Verbo Divino, 1998, 153.

12. J. SILVA, “Teología, Magisterio y sentido de la fe: un desafío de diálogo y comunión”, *Teología y Vida* XLIX (2008) 551-573, 556.

Es interesante la mención de una fe de carácter vivencial o experiencial más que una especulación abstracta o desencarnada de la historia concreta de los creyentes. Esto permite poner en diálogo de manera legítima al *sensus fidei* y la propuesta teológica de Metz. El teólogo alemán busca lograr un nuevo posicionamiento de la fe cristiana en medio del escenario público, una experiencia creyente que dialogue con lo social y lo político, una fe que se haga experiencia y vivencia transformadora. Gracias al *sensus fidei* se puede reconocer que la comunidad creyente posee autoridad con respecto al asentimiento de la fe y de las costumbres.

Debe realizarse, por tanto, un trabajo de recuperación de una función teológica y pastoral que permita que todos los creyentes, sin distinción, puedan valorar y utilizar los carismas que el Espíritu ha ido suscitado en la comunidad creyente en virtud del bautismo. Es en torno a esto que Hünemann identifica al *sensus fidei* como un lugar teológico, es decir, un espacio en el cual podemos discernir la presencia de Dios en medio de la historia. Este autor recuerda cómo el Vaticano II acentuó la importancia de la pastoral de conjunto, de la dimensión eclesial de la fe y del trabajo comunitario de creyentes y pastores bajo la comprensión de una Iglesia que es Pueblo en donde:

“el pueblo histórico de Dios es el destinatario del Evangelio y éste realiza la fe. La fe posee siempre, sin embargo, una manera de estar en camino, de fragmentariedad. Por este motivo la totalidad de la comunidad de los creyentes es instancia de confirmación de la fe y esto se realiza con sus diferentes servicios y carismas”¹³

En la relación de la teología con el Pueblo de Dios, comprendemos, finalmente, que en palabras de Odero

“la fe divina es *fides Ecclesiae* (fe de la Iglesia), fe compartida por los fieles de todos los tiempos, fe de las iglesias. El creyente recibe de la Iglesia el contenido de su fe y encuentra en la fe católica el vehículo apto para la comunión con Dios y con los demás miembros de la Iglesia”.¹⁴

13. P. HÜNERMANN, “Nuevos *loci theologici*. Un aporte para la renovación metodológica de la teología” en P. HÜNERMANN, *El Vaticano como software de la Iglesia actual*, Santiago de Chile, Ediciones Universidad Alberto Hurtado, 2014, 263-291, 275.

14. J. ODERO, *Teología de la fe. Una aproximación al misterio de la fe cristiana*, Navarra, EUNATE, 1997, 200.

Y es en medio de los demás miembros de la Iglesia en donde figura el teólogo como aquel que posee una vocación determinada, una llamada que es eminentemente eclesial.

4. *Identidad eclesial del teólogo*

Si se sostuvo anteriormente que la teología posee una clara dimensión eclesial, ahora se centrará la reflexión en la identidad eclesial del teólogo, en aquél creyente que es enviado por la Iglesia para ayudar a explicitar y actualizar el mensaje de la Revelación. La Instrucción *Donum Veritatis* es un documento interesante de abordar para adentrarse en la temática de este punto, precisamente porque reflexiona sobre la *vocación eclesial del teólogo*. En el documento se sostiene que

“entre las vocaciones suscitadas de ese modo por el Espíritu en la iglesia se distingue la del teólogo, que tiene la función especial de lograr, en comunión con el Magisterio, una comprensión más profunda de la Palabra de Dios en la Escritura inspirada y transmitida por la tradición viva de la Iglesia” (*Donum Veritatis* 6).

Algunas consecuencias a rescatar de este primer acercamiento. En primer lugar, la calificación de “vocación”. El teólogo es llamado por Dios, experimentó en un momento de su vida la fe como *auditus*, escucha frente a una palabra que se le dirigió. Por medio del diálogo se va ejercitando la escucha. El escuchar viene a encontrar su verdadero centro en la experiencia del diálogo, situación fundamental del ser humano que se abre a la sorpresa de una llamada dirigida por otro y por Dios.

El diálogo que se debe crear debe ser generoso, liberador y amoroso. La reflexión cristiana sobre el hombre propone una mirada que viene a integrar las distintas dimensiones del ser humano (individualidad, comunidad, llamada divina, etc), en base a la dinámica de llamada y respuesta. La vocación cristiana es justamente el despertar a la vida que Dios nos realiza a su modo en respeto a nuestras propias vidas, biografías y libertad.

Una segunda consecuencia de lo expuesto en *Donum Veritatis*,

es que el Espíritu Santo es quien suscita nuestra vocación teológica, lo que se une a considerar al Espíritu como teólogo y concebir la teología como espiritualidad. Si revisamos los textos joánicos, vemos que Jesús le aplica al Espíritu una función exegética, viéndolo como Aquél que conduce a los creyentes a la aprehensión de la verdad completa, a aquella que es la explicación de la siempre nueva validez universal de la salvación (Cf. Jn 14,15; 14,26; 16,13-14).

La vocación teológica es dada por el Espíritu a la totalidad de la Iglesia, nunca al margen de la comunidad. Y si es el Espíritu el que suscita esta vocación, podemos llegar a afirmar que Él es el primer teólogo y que invita a otros a vivir su misión teológica y hermenéutica. Esto lo sostuvo Hans Urs Von Balthasar cuando afirma que aquellos que son guiados por el Espíritu para alcanzar la fe y desde ella conocer a Dios hacen experiencia de “teología”: “Esta biunidad inseparable de fe y conocimiento es el fundamento, tanto de la ética cristiana, como de lo que en sentido más estricto se denomina teología”.¹⁵

Una reflexión sobre la consideración de la teología como espiritualidad. Gustavo Gutiérrez sostuvo que “la experiencia espiritual es el terreno en que hunde sus raíces una reflexión teológica. La comprensión intelectual permite profundizar el nivel de la vivencia de la fe que siempre es previo y fontal”¹⁶, y más adelante sostendrá que la teología es nuestra espiritualidad y viceversa. Hacer teología como con un trabajo intelectual demanda también la presencia de una vida de contemplación del Misterio. Éste, que es siempre inabarcable, debe ser acogido con reverencia y obediencia de fe.

Es más, como bien lo sostiene Wicks,

“una explicación teológica proporciona un horizonte para la vida y la oración, para el pensamiento y la decisión [...] la teología también pretende afectar la forma en que entendemos nuestro modo de vivir y atraer el corazón y los sentimientos hacia una vida más plena en Cristo”.¹⁷

15. H. U. VON BALTHASAR, “Introducción a la verdad completa”, en H.U. VON BALTHASAR, *Teológica III*, Madrid, Encuentro, 1998, 71-100, 79.

16. G. GUTIÉRREZ, *Beber en su propio pozo. En el itinerario espiritual de un pueblo*, Salamanca, Sígueme, 1985, 50-51.

17. WICKS, *Introducción al método teológico*, 149-150.

Con esto, cada vez que se hace teología, que se contempla humildemente el Misterio del Dios revelado históricamente en Jesús de Nazaret, nuestro quehacer permitirá que otros también puedan contemplar a Dios. La responsabilidad del teólogo y de la teóloga es grande en este sentido: desde la espiritualidad que nos es propia y en comunión con la espiritualidad de nuestro pueblo, lograr una nueva síntesis entre fe, vida y cultura. Considerando esta síntesis, no sólo como relación de conceptos, sino que como experiencia propiamente humana, se logrará finalmente comprender cómo la espiritualidad es más que la dimensión subjetiva de la teología, y que se presenta en definitiva “como aquel contenido del pensamiento teológico que determina todo lo demás y sin el cual la teología pierde la credibilidad que le es propia”.¹⁸

La teología ha de nacer de una experiencia con Dios, de una espiritualidad y de un seguimiento comunitario. Por ello “el teólogo está llamado a intensificar su vida de fe y a unir siempre la investigación científica y la oración” (*Donum Veritatis* 8). El Espíritu, el teólogo por excelencia, interpela continuamente a la Iglesia a volver sobre las fuentes de la fe y de la revelación, a pensarlas pero también a vivirlas como mística y espiritualidad. Este debe ser finalmente un trabajo creativo, que se repiense y que se comunique de tal manera que todos puedan llegar al conocimiento de la Verdad.

En tercer lugar, la comunión que el teólogo ha de establecer con el Magisterio de la Iglesia. Esta comunión ya nos habla de eclesialidad y de la recepción creativa por parte del teólogo de la tradición de la Iglesia, o en términos de Metz, de la memoria y de la narración de la misma. A propósito de esto, Balthasar cuando habla del lugar de la teología en la experiencia cristiana, sostiene que

“la vitalidad del teólogo actual que dialoga con la tradición de ayer constituye una nueva y pesada responsabilidad: el respeto a los valores impercederos (de los Padres, de la Escolástica, de la espiritualidad), respeto que ha de ir unido con la mirada incorruptible para captar el signo del tiempo, adherido a todo fenómeno”.¹⁹

18. M. SCHNEIDER, *Teología como biografía. Una fundamentación dogmática*, Bilbao, Desclée de Brouwer, 2000, 21.

19. H. U. VON BALTHASAR, “El lugar de la teología”, H. U. VON BALTHASAR, en *Verbum Caro Ensayos Teológicos I*, Madrid, Encuentro-Cristiandad, 2001², 159-171, 170.

Esta indicación del teólogo suizo resume toda la misión del teólogo cristiano. Si la teología, entendida como tarea eclesial, quiere comprenderse como una actividad y una recepción creativa, dicho quehacer ha de realizarse necesariamente en referencia a aquello que constituye el *depositum fidei*, la Palabra de Dios, la Tradición y la palabra de los Pastores. El teólogo de cualquier época no pudo, no puede, no podrá trabajar aisladamente, porque en ese momento su quehacer perderá total sentido. Por ello la teología representa una nueva y pesada responsabilidad, en el sentido de que ella debe saber responder por aquello que constituye el parámetro de la elaboración teológica cristiana.

La identidad del teólogo no se entiende sino en pertenencia a la Iglesia, la cual, y como sostiene Ratzinger “no es para la teología una instancia ajena a la ciencia (teológica), sino el fundamento de su existencia y la condición de su posibilidad”.²⁰ Es en la comunidad creyente que hace teología. A raíz de esto es que se llega a afirmar que “el teólogo es miembro de una comunidad viva. De esa comunidad recibe la fe, y con ella la comparte (...) los teólogos están llamados, por tanto, a servir a la comunión”.²¹

Ahora bien, ¿qué sostiene Metz acerca del lugar del teólogo en la Iglesia? Formula algunas preguntas importantes, a saber,

“¿no es misión del teólogo conseguir que el pueblo mismo tome la palabra? ¿No tiene que ser él el mayéutico eclesial del pueblo mismo? ¿No consiste su trabajo en que el pueblo esté presente, colabore, se exprese y alcance la categoría de sujeto en la Iglesia?”.²²

Estas preguntas ya vislumbran algunas claves sobre el proyecto teológico del autor. El ideal de teólogo que se puede desprender de estas interrogantes muestran que ésta es ante todo un creyente encarnado en su Iglesia, que conoce y sabe escuchar sus problemas, sus dolores, angustias, alegrías y esperanzas. Es un creyente que no actúa de manera arrogante, sino que permite que sus hermanos también *tomen la palabra* de manera de constituirse en *sujetos*, es decir, en una

20. J. RATZINGER, *Naturaleza y misión de la teología. Ensayos sobre su situación en la discusión contemporánea*, Buenos Aires, Ágape, 2007, 68.

21. J. MORALES, *Introducción a la teología*, Navarra, EUNSA, 2004, 37.

22. METZ, “Iglesia y pueblo o el precio de la ortodoxia”, 136.

Iglesia adulta y responsable, que mire y dialogue con la sociedad pluralista. El teólogo, para Metz, es el “mayéutico de su pueblo”. Es siempre iluminador este concepto que se remonta a la Grecia de Sócrates, en donde el filósofo permitía que sus oyentes sacasen desde dentro de ellos el conocimiento a través del diálogo. Por tanto, el teólogo debe ser alguien que apueste por el diálogo y el encuentro.

Como teólogos hemos siempre de preguntarnos: ¿hacemos de nuestra vocación un servicio a nuestro Pueblo? ¿Estamos realmente comprometidos con su crecimiento en la fe? ¿Actuamos y reflexionamos desde ellos y de sus problemas, o hacemos teología de lo abstracto? El motivo final de nuestra teología es asumir que la Iglesia debe responsabilizarse y respetar la fe de los sencillos. Este respeto constituye el fundamento y la medida de toda teología. En palabras de Metz,

“más que nunca necesita la teología, para poder ser teología eclesial y no dedicarse sólo a la historiografía de la propia disciplina, el pan de la religión, de la mística y de la experiencia religiosa de la gente sencilla”.²³

Pero junto con la pregunta de qué espera la Iglesia del teólogo, es también importante plantearse la relación inversa: qué espera el teólogo de su Iglesia. Aparece por lo tanto la necesidad de verificar de manera práctica cómo nuestra vocación teológica se relaciona con la Jerarquía de la Iglesia, sobre todo en dónde y cómo se juega la libertad teológica y la confianza mutua en vistas a la comunión que hemos de establecer los teólogos y con la totalidad de la Iglesia.

En primer lugar, una mención a la relación temor – libertad de hacer teología. Debemos preguntarnos ¿es sano el temor en el proceso de maduración de la fe? ¿permite avanzar o más bien paraliza? Una Iglesia que pretende ser “Pueblo de Dios”, como ha sido el querer del Concilio Vaticano II y tal como lo señala Metz, debe experimentar un real empoderamiento de su propia naturaleza. El temor es contrario a la libertad, a esa libertad que nos viene del Espíritu (Cf. Jn 3,8), libertad para la cual nos liberó Cristo (Cf. Gal 5,1). Este temor es presentado por nuestro autor con una imagen plástica muy cercana. La ejemplificación de Metz se enmarca dentro de una reflexión sobre la recepción de los planteamientos del Vaticano II. Él sostiene que el Concilio no supuso

23. METZ, “Iglesia y pueblo o el precio de la ortodoxia”, 136.

una acomodación fácil en la Iglesia o una moda pasajera, sino al que hay que reconocerlo como un acontecimiento el cual se manifiesta “como espíritu de la libertad y del valor”²⁴ que la Iglesia tuvo para meditar sobre sí misma. Esto sin duda fue un acto de valentía que sigue impregnando y marcando la forma de ser de nuestro cristianismo.

Pero resulta que este espíritu de libertad y valentía que manifestó el Vaticano II causó temor y sospecha por parte de algunos grupos al interior de la misma Iglesia. El temor es considerar que algo perjudicial o negativo ocurra o haya ocurrido. Y aquí es donde Metz presenta la imagen de la que hacíamos mención más arriba. Nos dice:

“a veces tengo temor de que todo lo que se propone como renovación en la iglesia esté en la misma situación del niño que jamás aprende a caminar, porque evidentemente tiene miedo de caerse y porque hay muchos que saben que uno se cae mientras camina. El caminar erguido es difícil de aprender y, en definitiva, no se logra sin caerse”.²⁵

Que potente imagen nos regala Metz. El paso que nuestra Iglesia ha de dar es desde el temor hacia la libertad. Debe aprender a caminar sola aún con el peligro de caerse. Es similar a lo que el Papa Francisco está insistiendo en *Evangelii Gaudium* 49 cuando dice que prefiere una Iglesia accidentada que sale a la calle y no una Iglesia inmune a todo sufrimiento y desafío. Para vivir la real corresponsabilidad y eclesialidad en la comunidad creyente hemos de aprender a caminar solos, lo que supone una Iglesia adulta. Hemos de construir día a día una comunidad entendida como expresión de la presencia del Espíritu, atenta a los signos de los tiempos, que sea testimonio y casa de comunión.

La libertad, don del Espíritu de Jesús, nos permite también responsabilizarnos de la crítica que la teología puede y debe realizar. Sería muy ingenuo darse cuenta de que algunos sectores tanto de la Jerarquía como de la comunidad cristiana en general no han favorecido la presencia de un testimonio coherente con la fe que se profesa. Y se profesa como vivencia auténtica de la eclesialidad de la fe. Esto es abordado por Metz cuando comenta:

24. J. B. METZ, “La fe de los reformadores”, en JB. METZ, *Más allá de la religión burguesa*, Salamanca: Sígueme, 1982, 102-110, 102

25. METZ, *La fe de los reformadores*, 103.

“por eso, quien insiste en la formación de una libertad crítica en la iglesia y busca la manifestación de esa libertad en la conciencia eclesial, quien corrige las expectativas puramente autoritarias de los fieles frente a la institución iglesia, no traba en la destrucción de la iglesia; tampoco actúa despiadadamente frente al pueblo eclesial sencillo, sino que lucha por la posibilidad de una eclesialidad decidida del mañana”.²⁶

El desafío de construir la *eclesialidad decidida del mañana* para por considerar el carácter crítico y la dimensión política de nuestra fe. Crítica en el sentido de proponer nuevas formas de vivir la fe de manera comunitaria. Es por ello que se puede reconocer en la teología una función social y política, profética y, a veces también subversiva. Por ello la teología, antes que dirigirse al Magisterio o a la Jerarquía como sector, es una palabra de esperanza, una carta de amor a la totalidad del Pueblo de Dios. La teología es un compromiso solidario, un movimiento comunitario que busca ayudar a liberar las palabras enclaustrada en los silencios, en los temores, en las dudas. Por ello y como sostiene Metz, la teología está comprometida con “la historia del dolor del pueblo”.²⁷

El teólogo puede y debe esperar de la Jerarquía de la Iglesia una palabra nueva, un testimonio que manifiesta que es Iglesia de Jesús. Puede pedir que la teología se haga cargo del Pueblo de Dios, pero no en una actitud paternalista, sino como compañía, como amiga, como servidora. La teología está puesta al servicio de la Iglesia pero también la Iglesia debe servir a la teología, debe darle el espacio que ella necesita para pensar la fe de manera adulta, crítica y propositiva. La teología no puede convertirse en mero auxiliar del Magisterio, sino que ambos, en sus respectivas identidades deben trabajar unidos en vistas al único centro: Jesucristo. Es un proceso de crecimiento, de caídas, de torpezas, pero de profunda madurez. Hay que aprender a andar solos y hacer camino al andar.

4. *Recapitulación*

Dentro de la teología política el tema de la teología del sujeto ocupa un lugar de relevancia. Johann Baptist Metz aborda el concepto

26. METZ, “La fe de los reformadores”, 105.

27. METZ, “Iglesia y pueblo o el precio de la ortodoxia”, 120.

del sujeto desde una óptica eclesial, sosteniendo que es necesario el encuentro con otros para así constituirnos en sujetos de nuestra propia historia. Hacer teología del sujeto involucra por una parte hacer una teología no encasillada en discursos estereotipados, sino en una reflexión en la que se entretajan experiencias personales, comunitarias, dogma, celebración comunitaria y esperanza escatológica, lo que es llamado por Metz una teología impura.

Esta teología impura tiene como sujeto principal al Pueblo de Dios. Pensar y hablar en términos de Pueblo de Dios nos permite rescatar toda la revolución que trajo consigo el Concilio Vaticano II en general y la *Lumen Gentium* en particular. Con esto la Iglesia vista desde esta comprensión eclesiológica, no le es ajena a la teología y viceversa. Toda teología verdaderamente cristiana deberá partir desde la fe que recibe de la comunidad creyente. Aún queda el desafío impuesto por Metz de no encasillar nuestra teología a los libros o a la sola discusión académica.

Para Metz, el teólogo está llamado a ser un facilitador de la experiencia de fe, un vehículo por medio del cual el pueblo sencillo puede recuperar la palabra y asumir maduramente su fe. El teólogo se constituye en tal gracias a una llamada de Dios, suscita en algunos creyentes una vocación y un carisma específico, el del quehacer teológico. Metz finalmente nos impone el desafío de hacer teología cuidando la mística y la sabiduría de la gente sencilla, rescatando en definitiva el *sensus fidei*.

La teología, al ser una vocación eclesial, la cual está suscitada por el Espíritu Santo, debe saber recuperar la Tradición que ha precedido a la teología actual, a saber, la Escritura, los Padres, la Escolástica, los grandes movimientos teológicos. Ahora bien, el teólogo no debe limitarse a repetir fórmulas o teologías antiguas, sino que debe ser capaz de recepcionar creativamente la memoria y el depósito de la fe de manera de comunicarlo de una manera nueva a la cultura actual, esto con el propósito de realizar un diálogo fecundo con el hombre y la mujer de este tiempo logrando una renovada síntesis entre fe, vida y cultura.

Finalmente la necesaria reciprocidad entre teología y magisterio, entre teólogo y Pueblo de Dios. Así como la Iglesia espera que el teó-

logo sea un cristiano comprometido con su vocación y respetuoso de la tradición que ha recibido y ante la cual se ha comprometido para recrearla y presentarla de manera creativa, el teólogo también espera que su Iglesia, su comunidad, el Pueblo de Dios en el cual está encarnado, asuma los desafíos de la época y le permita desarrollar libremente su pensamiento. El temor no puede ser compañero de la teología, antes bien, debe evitarse ya que responde a un factor que paraliza y que no permite avanzar ni desarrollar la reflexión teológica. El teólogo cristiano asume una función profética, social y crítica en la Iglesia, con la cual debe ayudar especialmente al Pueblo de Dios, responsabilizarse de su historia de dolor y comprometerse con sus procesos de esperanza y de sueños nuevos.

JUAN PABLO ESPINOSA ARCE ·
PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DE CHILE,
FACULTAD DE TEOLOGÍA
05.07.2017/8.11.2017

· Profesor de Teología Sistemática en la Facultad de Teología de la Pontificia Universidad Católica de Santiago de Chile. Docente en la Universidad Católica del Maule, Chile